

Hacer Cristianismo

por Manuel Lizcano Pellón

Realmente no parece que haya cosa más fácil en algunos rincones del planeta, al cabo de dos milenios de cristianismo, que hacer cristianismo. El procedimiento, por lo pronto, es sencillo: se coge lo que sea, se le pone el nombre de católico, e incluso algún católico militante, o que lo haya sido, en un puesto destacado de la cosa, y se la deja seguir andando, sin otras complicaciones que las ya reseñadas. Por este sistema se pueden llenar esos rincones de la tierra de manifestaciones externas de cristianismo, tan abundantes casi como en las épocas más profundamente religiosas de toda la historia de la cristiandad. Hasta el extremo de que algunos pueden llegar a pensar que están viviendo allí en una cristiandad floreciente.

Pero vale la pena de observar un poco más. En otros rincones de otro lado del planeta, aplicando un método semejante aunque en sentido distinto, llenan la vida de todo lo contrario: de manifestaciones externas de anticristianismo, tan abundantes y tan florecientes como las que para lo otro se logran en el otro sitio. Todo depende del presupuesto de propaganda asignado para estos fines.

De manera que podría fácilmente deducirse que no es el incremento real de la vida cristiana lo que con ese procedimiento se consigue, sino más bien la sugestión de determinados sectores asequibles al ambiente que el conjunto de esas mismas manifestaciones externas integran. Precisamente de los sectores interesados en el éxito del método o de los que aceptan buena-mente, sin meterse en el fondo de la cuestión, la cosecha fácil y en apariencia abundante. Mientras que los demás sectores, por cualquier causa hostiles y refractarios a la campaña de propaganda, quedan tan lejos de la vida personal de unión con Dios y de convivencia fraterna como lo estaban y algo más.

Quizás sea significativo a este respecto el hecho de que nunca el Señor en el Evangelio utilizó sistemas semejantes de convicción y de captación; jamás. Ni aconsejó por ninguna parte que se acudiera a ellos. Nunca pidió ayuda al poder para que le aproximara el pueblo, ni gestionó que la fuerza pública le facilitara la penetración en ambientes contrarios, ni aspiró al éxito fácil de que los organismos de la vía pública judía, griega y romana aceptaran el titularse adheridos a su doctrina. Ni la Iglesia empleó nunca, ni autoriza el empleo de un método semejante, que para nada le interesa.

Hay que salvar todas las intenciones puestas en juego en torno a esta cuestión. Las intenciones es muy peligroso juzgarlas. Y es certísimo que muchos de los que aceptan o defienden ese planteamiento de cosas obran de buena fé

No obstante, yo creo que, en definitiva, vamos nosotros acertados. Y me puedo permitir el lujo de decir que yo lo creo, porque esto que creo lo he aprendido y lo he confirmado muy a menudo en las doctrinas del Papa. No que acierten en una parte los que hacen obra católica edificando sobre las arenas de una actuación humana y de fachada, y en la otra los que tratamos de construir sólo sobre roca, sobre Cristo, sobre amor fraterno y desprendimiento y abnegación, para que todos los hermanos pero sobre todo los más pobres y los alejados, amen también al Señor: los que tratamos de impregnar la totalidad de la vida social del hombre de espíritu cristiano, partiendo desde el corazón del hombre mismo. Lo que creo, es que aceptamos totalmente los que nos hemos propuesto tomar en serio, con una seriedad radical y definitiva, todo lo que Dios nos pide para agradarle en nuestro estado, siendo cada uno de nosotros el que hace la voluntad de Dios y el amigo de los hermanos. Y que se han equivocado en absoluto los que piensan que a Dios le gusta ser servido de otro modo, o que se le sirva aunque el servicio no le complazca.

Todo lo que no sea vivir el Evangelio aquí, en mitad de la sociedad materialista, sabiendo bien claro que Cristo nos dejó toda la maravillosa condensación de los planes del amor de Dios sobre nosotros para que los cristianos los tomáramos en serio y los pusiéramos por obra; y que esta sociedad en que vivimos por muchos títulos y letreros que se le pongan encima no es amiga de Cristo, ni le interesa para nada su doctrina, sino que es una sociedad materialista, pagana y enemiga de Cristo; por lo que no es posible al cristianismo entendiérselas con Cristo y con la sociedad enemiga de Cristo en que vive, sino que, al contrario, debe estar con Cristo, y oler a Cristo, y actuar al estilo de Cristo, y dejarse de bobadas, o pasarse al otro lado con todas las consecuencias; en fin, todo lo que no sea eso es andar haciendo el ridículo ante Dios y ante los hombres. Porque ni Dios ni los hombres pueden descubrir nada digno y respetable en quien los proclama a ambos con toda seriedad señores suyos. Y bien saben el Espíritu de Dios y el espíritu del mundo que él pretende librarse de compromisos, dedicándole a cada uno lo suyo y tratando incluso de conciliar lo inconciliable, sólo consigue atraer sobre sí el desprecio de los dos.

Sirvan al mundo los que para eso viven, si no somos capaces los cristianos de hacerles ver lo peligroso del sueño en que andan sumergidos. Pero la única forma de ganarlos a ellos para el reino de Cristo será que nos otros seamos ya, sin dudas, reino de Cristo y sólo de Cristo. Que no se nos vea nada distinto de lo que es Cristo, ni lleven nuestras manos ninguna otra mercancía que el amor solícito, abnegado e inconfundible de Cristo, capaz de inspirarnos las soluciones y la voluntad firme que los problemas planteados a nuestra sociedad reclaman.

Los que no hacen así y tratan de servir a Dios y a los hombres, no sirven a Dios, sino a unos pocos hombres. Y alejan a los otros hombres, a la inmensa muchedumbre de los pobres, del Dios que les aguarda en vano, desbordando sin cesar un amor que no llega a ninguna parte, porque los que estaban para comunicarlo a los demás les tramitieron otra cosa y desordenaron el plan de Dios.

Madrid, diciembre, 1951